

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
3
"ALFONSO REYES"
25 MONTERREY, MEXICO



EL CARÁCTER Y LA EDUCACIÓN.

II.

YOLVIÓ el señor gordo á reunírseme, deseoso de reanudar la interrumpida conversación, cuya materia, de por sí tan interesante, nos dá ocasión de arreglar el mundo entre él y yo á despecho de la pública indiferencia y de lo espinoso del asunto.

—Consecuente con mi plan seguiremos, señor, tratando la cuestión bajo el punto de vista de que lo que hemos dado en llamar carácter nacional, defectos de la raza, apatía,

indolencia y males irremediables, no tiene más origen que la mala educación.

—Está muy bien, señor Facundo, ese es el plan y me complazco en escuchar á V. discurrir sobre el asunto.

—Acompáñeme V. señor, á echar una ojeada, siquiera sea rápida y somera, á los buenos habitantes de este país privilegiado; y para juzgarlos con más facilidad los voy á dividir en seis clases.

—En seis! exclamó el gordo. Hasta ahora yo había visto dividir en tres la clases sociales: la clase alta, la clase media y la clase ínfima.

—Yo subdivido para nuestra mejor inteligencia.

—Sea enhorabuena, dijo el gordo tomando un polvo.

—La primera clase de nuestra sociedad es propietaria de los palacios y de las haciendas, vive á la europea en México, recibe á los extranjeros, y si bien echa de menos los placeres de París, le sobra con lo que tiene, se conforma con el paseo de la Re-

forma, tolera el Zócalo: toma un abono á medias en la ópera, suele leer periódicos mexicanos y no habla del gobierno.

La segunda clase, ó sea fracción de la primera, la forman los ricos de ayer, que no recibe á los extranjeros, que vive á la mexicana, que no piensa en París, que va al paseo y al Zócalo, que tiene muchos niños, y compra muchas cosas á un tiempo, que vá á los remates, frecuenta el tívoli y habla mucho del gobierno.

La tercera clase, ó sea la segunda de la división más vulgar, es la clase media, que suele ir al paseo, y va siempre al Zócalo y á los premios, que es comunicativa y atenta por índole propia, que gasta más de lo que tiene, que lee todos los periódicos y todos los libros y habla del gobierno según las circunstancias.

La cuarta clase es la menesterosa; y aquí es donde empieza lo espinoso del asunto. Representan esta clase los comerciantes de pequeños comercios, gremio numerosísimo y de tal manera notable en nuestra sociedad

que forma uno de sus rasgos característicos.

El comercio de alacenas, de dulces, de juguetes, de encajes, de flores y mercería corriente, lleva entre nosotros tres siglos de *statu quo*; cada puesto, alacena ó tendajo representa el mezquino haber de una familia durante varias generaciones sin dar un paso á la prosperidad. Siguen los vendedores ambulantes, dulceros y billeteros, que representan el haber de un individuo á tipo de jornal; hay vendedores de dulces que lo han sido durante treinta años. Entre la clase de vendedores ambulantes figura uno sin semejante; delgado, bajo de cuerpo, un poco rubio, bien vestido y casi elegante, atento, político y pulcro, que lleva veinte años de parar á todos los habitantes acomodados de la capital, para venderles un peine, un jabón ó un cortaplumas con tijeras.

—Lo conozco, dijo el gordo, lo conozco como á mis manos y sé cómo se llama, y efectivamente le he comprado un cortaplumas con tijeras hará seis años.

—Siguen á los vendedores los criados

domésticos, los artesanos de taller ó de obra suelta, los trabajadores de las fábricas, los cargadores, los aguadores, etc.

La quinta clase merece un libro; y para dar una idea de ella voy á bosquejar el tipo. Producto neto y exclusivo del Distrito federal, es, respecto á raza, el legítimo representante del mestizo, reproducido por generaciones sucesivas, sin mezcla alguna extranjera. Quiere decir, que el tono ligeramente más claro de su epidermis respecto al color cobrizo del indio, es el resultado de seis ó más generaciones de mestizo y mestiza, cuyo tronco fué india y español. Esta genealogía lo dispensa de tener algo de indio ó algo de español. Ya no tiene nada ni del uno ni del otro. No sabemos cómo ni por qué, todas las clases sociales están de acuerdo en distinguirlo con el nombre de *el lépero*; y esta palabra es de tal manera elocuente, que no necesitamos ya más toque para acabar de bosquejar el tipo, y pasamos á considerarlo colectivamente.

Esta quinta clase, como la hemos llama-

do, es casi la única que suministra el contingente de las cárceles y los hospitales de sangre, y en la que se invierte una cantidad respetable y creciente, más y más, de los fondos públicos; es la que sostiene y fomenta el comercio del pulque en la capital, y por cuyas manos pasan probablemente las tres cuartas partes del valor del consumo diario; y sostiene y fomenta además casi todos los cafégaritos de la capital. De su seno salen y han salido todos los ladrones de camino real y los plagiaros; y cuando un individuo de esta clase sale de la capital viajando por cuenta propia, la policía sabe muy bien que no es por nada bueno. En cuanto á su origen es producto de la clase menesterosa y de la clase ínfima, y seducido por los vicios y arrastrado por el mal ejemplo se lanza, como ellos dicen, *entre los hombres*, sin ley ni freno, sin dignidad y sin temor. La ley, la justicia, la cárcel, las heridas, los golpes y el destierro son las peripecias de su vida, que jamás corrijen, cambian ó modifican su estoicismo; va á la cárcel,

al hospital, y al patíbulo en la misma actitud, y cree firmemente que todo lo que le sucede es porque *es hombre y no...* cualquiera interjección en la que comprende y con que insulta á todas las demás clases sociales.

El lépero ya no es siquiera supersticioso; á cada generación se disipa más y más la lejana idea del culto católico, y suele quedarle alguna costumbre mística y alguna idolatría rezagada. Su sentido moral se perverte desde su niñez, en medio de la incuria y del abandono de la madre, que gasta todas las horas de su vida en las faenas caseras y en largas y repetidas visitas á Belén, bien como reo ó por delitos de su marido. El lépero conoce la cárcel desde que la madre lo lleva en brazos á visitar al padre para quien aquel encierro es familiar. El código de educación está simplificado en matrimonios como el descrito, á enseñar á su hijo á *ser hombre*, y ser hombre es una frase que perteneciendo al caló de la plebe hay que traducirla y explicarla. Se enseña al niño á *ser hombre* obligándolo á tomar *harto pul-*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY N.M.

36212

que apenas sabe hablar. Su lenguaje está circunscrito á limitado número de frases, porque en la mayor parte de las oraciones, una sola interjección obscena suple un número incalculable de verbos y de adjetivos.

Es nuestro ánimo no herir ni remotamente en nuestros escritos ni susceptibilidades personales, ni de nacionalidad; pero cumple á la verdad histórica decir, que con el hermosísimo idioma de Cervantes, hemos heredado la fea mancha que á lengua tan rica y tan eufónica han echado los españoles ordinarios. Ya se vé que todas las lenguas del mundo son habladas respectivamente con más ó menos pulcritud según la clase que las habla; pero en las clases bajas ningún idioma está tan plagado de obscenidades como el nuestro.

Las malas palabras en otros idiomas tienden á herir el sentimiento religioso verdadero, ó la superstición; son juramentos y blasfemias cuyo espíritu es desear el mal, la condenación eterna ó el castigo, por vía

de ofensa. En la raza española y sus descendientes, la ofensa tiene un carácter puramente obsceno, y jira en orden de ideas incoherentes. En las interjecciones y ofensas en español, no sólo está pervertido el sentido moral, sino la lógica del discurso y la ideología. Tocante á esta herencia é importación funesta, diremos, para consuelo de nuestros maestros, que sus discípulos los han aventajado. El lépero jóven cree que no es *bastante* hombre si no forza su lenguaje con dos terceras partes de interjecciones obscenas, por una tercera de palabras comunes. Esto y saber beber constituye la carta blanca para la vida. Esta carta blanca mata para siempre en la larva-lépero, estos gérmenes: la timidez infantil, la instintiva indecisión entre los actos nuevos, buenos y malos; ahoga el grito natural de la conciencia el aplauso de lo malo, después de cuyo aplauso el castigo de la ley y la reprobación social no tienen significación moral ni prestigio alguno. Este es el estoicismo del lépero, y á este estoicismo contribuyen todavía muchas causas.

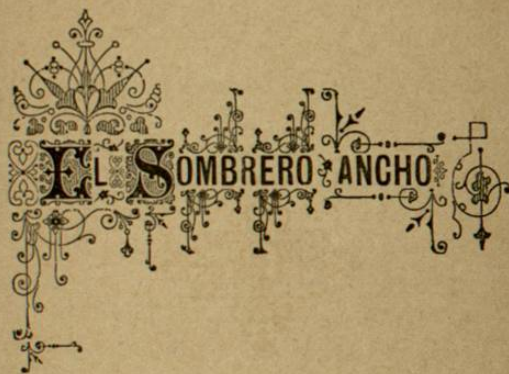
Por más que digan que el hábito no hace al monje, el traje de las gentes es más elocuente de lo que parece á primera vista. Toda persona que se educa entra en el camino de perfeccionamiento físico y moral; al sentir que dá un paso adelante, experimenta la satisfacción más natural del mundo que es la de sentirse mejor, quiere decir, al engrandecerse el yo personal, nacen el respeto y el aprecio á sí mismo, y con este aprecio y este respeto, la dignidad que es la más noble y la más moral de las aspiraciones humanas.

En el lépero sucede que así como el pulque y las obscenidades lo han segregado del sendero de la educación moral, la miseria y la crápula lo segregan de la educación física, y ni moral ni físicamente aprecia ni respeta su persona. Este estado peculiar lo constituye en una entidad sin aspiraciones, sin deseo de mejorar, ya no solo en el sentido de educarse, sino en el de vestirse y en el de procurarse comodidades personales. Duerme en el suelo, come con los

dedos, no se lava porque no tiene aguamanil, ni se peina porque no tiene peine, ni le ocurre procurárselo. Se connaturaliza con su desaseo y su incuria, sus narices se connaturalizan con las emanaciones pestilentes de su abandono; sus manos están asquerosas, sus uñas negras, y en fuerza de guardar por meses en la misma ropa su traspiración y sus emanaciones, va dejando por donde quiera que pasa la estela de un olor *sui generis*, del olor á lépero. Este sér estacionario en la escala del progreso humano, adopta definitivamente su traje de sentenciado; es refractario á toda reforma. Si se le propusiera usar corbata, chaleco y saco se echaría á reir como al proponerle un traje de pierrót. La gente vestida decentemente pertenece, según él, á otro gremio al que eternamente desdeñará pertenecer. El tiene sus harapos sucios, una frazada cuando no está empeñada, y su sombrero ancho.

El gordo me había oído estupefacto, pero hombre metódico, no podía prescindir de

sus costumbres y nos despedimos. Yo lo hago de mis lectores ofreciéndoles que mi próximo artículo empezará por donde acaba este artículo. *El sombrero ancho.*



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES" 1
425 MONTERREY, MEXICO



EL SOMBRERO ANCHO.

BRAHMA civilizó á los indios y los dividió en cuatro castas: la de los brahmines ó letrados, la de los radjahs ó guerreros, la de los vaichis ó labradores y comerciantes y la de los sudras ó artesanos. Los que no entraron en esta división se llamaron párias; y á esta clase pertenecen los zíngaros y gitanos, que conservaron desde entonces con su distinto modo de vivir, distinto traje, para diferenciarse de las demás clases. Todos los grupos de

gitanos que se han derramado por Europa, bien sea que lleven una vida errante ó que permanezcan incrustados en algún lugar poblado, son de hecho los protestantes de la civilización, forman un gremio separado, hablan una lengua que les es propia, no abjurán de sus costumbres y casi no tienen ideas sobre religión y sobre moral.

Bastan estos ligeros apuntes para conocer los puntos de contacto que el lépero tiene con el gitano: el lépero tiene como él su lenguaje, costumbres y traje peculiares; es ignorante en materias de religión y de moral, y no dejará en su vida de usar el sombrero ancho, y este sombrero acusará siempre el estado de sus recursos pecuniarios, porque es, por lo general, la prenda de más valor que posee en el mundo.

No vamos á rebelarnos contra el uso del sombrero ancho, ó jarano; creemos que la anchura de su ala está perfectamente motivada por lo abrasador de nuestro sol y lo torrencial de nuestros aguaceros, y como rasgo característico de nuestro pueblo for-

ma parte de ciertos encantos pueriles que halagan nuestro patriotismo; nos parece además vistoso, demasiado vistoso, y á veces escandalosamente vistoso. Ha habido sombrero de esos, ornado con piedras preciosas, valuado en 36.000 pesos. No se le puede pedir más á un sombrero. Era aquél el non plus ultra de los sombreros ¡Cómo no nos han de gustar los sombreros así! y cómo no nos ha de parecer una elegancia nueva eso de llevar los codos raídos, y el sueldo anual del presidente de la República en la cabeza. Muchos conocieron en México ese sombrero en el año 1867, y como yo, se quedaron admirados. Otra de las ventajas del sombrero ancho es que por él se conoce á los ladrones; y desde luego es una garantía para la gente honrada, que los ladrones lleven ese sombrero, como sería una ventaja para los ratones que el gato usara cascabel ó cornetita como los tranvías.

Y tan es una ventaja ese distintivo, que los pobres viajeros de diligencia tiemblan á la sola idea de encontrar á su paso som-

breros anchos, más funestos mientras más galoneados y ostentosos; al paso que esos viajeros unánimemente pasarían de lo más profundo del terror á la más absoluta confianza y alegría, al descubrir en el camino temido que el grupo de ginetes venía en albardón y con sombreros cortos.

En algunos países es necesario vestir á los presidiarios con cotín de rayas para distinguirlos. Aquí todos los presidiarios, los ladrones, los plagiarios y los ajusticiados, se visten solos y por su cuenta; todos llevan sombrero ancho.

Es cierto que muchas personas honradas lo llevan, y de lejos no se podría distinguir un hacendado y un ranchero de un bandido; pero eso es de lejos. Las personas honradas están bastante seguras de su honradez y además se fían en sus maneras, y sobre todo en su conciencia. Por otra parte las personas honradas lo llevan solo para andar á caballo, pero se lo quitan para ir al teatro y á los bailes.

Consecuentes con el espíritu de la civili-

zación europea y con la loable idea de no parecerse á sus criados, algunas personas han adoptado ya para paseo el traje á la inglesa para montar, y lo encuentran muy de su gusto. En cambio se ven todavía muchos charros en el paseo de la Reforma, que para dar cuatro vueltas á caballo, llevan calzoneras con muchas docenas de botones de plata, grandes espuelas, jorongo, espada, reata y revólver; y sobre todo el sombrero, el gran sombrero cuya elegancia consiste en ser demasiado ancho, demasiado alto y demasiadamente deslumbrador.

A fuer de cronista y con el fin de dejar á nuestra posteridad un apunte exacto de modas, trajes y costumbres que han de desaparecer, vamos á hacer la descripción del sombrero ancho.

Al principio el lujo del sombrero se redujo á el ala, que se ribeteaba con galón angosto, y se ceñía la copa con lo que se llama todavía toquilla, que es un chorizo de lienzo relleno de zacate y forrado con galón de plata. Estas toquillas han sido al-

ternativamente formadas de una, dos, ó cuatro salchichas unidas por mancuernas de botones, por nudos, ó por cordones de plata. A los dos lados de la copa se colocaban las chapetas, que eran por lo general dos botones ó florones que remataban en una espiga, en una bellota ó en un colgajo. Después se agregó al sombrero un galón ancho por la parte inferior del ala; después ese galón se puso en la parte superior. Las dimensiones del ala bastaban para hacer del sombrero un objeto pesado, y más grande de lo que generalmente conviene á una estatura regular.

Hoy el sombrero ancho ha llegado á tomar las mayores proporciones posibles, aumentando la altura de la copa en proporción del diámetro del ala; de manera que resulta una combinación entre el sombrero charro y el gorro del pierrót. A esta forma que pasó del estilo charro á lo grotesco, se agrega todavía una toquilla formada de seis ó siete vueltas de un cordón de plata de media pulgada de diámetro, ó un lazo de

galón de plata de cuatro pulgadas de ancho. Esta es la forma más común; pero los adornos varían, agregando á los galones el bordado al pasado; de hilo de oro ó plata y lentejuelas, pasamanería, bordados de espiguilla, de oro etc, etc, recargando más y más los adornos, hasta venir á parar en un sombrero todo de plata y oro que no ha mucho estaba de venta en la calle del Refugio, y que juzgando piadosamente, debe haber ido á parar á manos non sanctas.

Ahora bien, y siguiendo la historia de las modificaciones que la civilización ha venido haciendo en los trajes, venimos á parar en que los que no han cambiado en nada son los pueblos y las tribus salvajes; éstas se visten hoy como en los tiempos de Alarico, manteniendo no obstante esa propensión de todas las razas humanas al cuidado y adorno del individuo. El salvaje usa de los adornos y galas de que puede disponer en su aislamiento, y arranca al jabalí sus dientes, sus garras y sus plumas al águila, y se adorna con ellos para ostentar su fuerza y

sus hazañas contra los animales feroces. La altura de los penachos y la superabundancia de armas y trofeos indica la categoría del capitán ó jefe, y el deseo de distinguirse de sus compañeros inventa insignias y condecoraciones, y no teniendo á la mano más objetos con que engalanarse, inventa pintarse la piel con los colores más discordantes, que hagan todavía más feroz su aspecto y catadura.

El segundo grupo de individuos de la raza humana, refractario á las leyes comunes de la civilización, es el de los gitanos; y siguen, en un orden más ó menos estricto los pueblos de oriente, á los cuales la civilización europea no ha podido hacer desistir de sus costumbres primitivas.

Siguiendo el mismo orden de ideas tenemos que considerar que la civilización que alcanzamos no ha podido destruir, ni destruirá en mucho tiempo todavía, la institución de la guerra. Este resto de salvajismo subsistirá todavía á pesar de todas las tendencias humanitarias y reformistas, y á pe-

sar de haberse verificado en este siglo mayor número de arbitramentos internacionales que en cualquiera otro. Pues bien, la institución militar que con una mano está adherida todavía á la tradición salvaje, por más que con la otra abra las puertas de la ciencia, conserva el traje especial que la distingue de las demás clases civilizadas. En los pueblos más cultos, y por consiguiente más homogéneos en costumbres, subsiste el traje militar como la única excepción, y aún en el traje militar, si bien se examina, se notará cierta tendencia á la sencillez y á la seriedad. Van escaseando los plumeros, las corazas, las charreteras y los colores chillantes. Se prefiere el color neutro y oscuro, y los adornos van tomando un estilo más sencillo.

Todo resabio de barbarie tiene que estar acentuado con su distintivo especial. Por una de esas anomalías de las sociedades que tienen por ley la costumbre y la rutina, la civilización ha luchado en vano por suprimir las corridas de toros. Esta diver-

sión salvaje tiene, pues, que mantener el tipo del torero á tres siglos de fecha.

El torero, vestido de raso encarnado, y el indio Victorio, adornado con colmillos de javalí y con plumas de buitre, están en carácter. La civilización hace un papel detestable ofreciendo un frac negro á estos individuos. El acróbata que apuesta con el público los 365 días del año sobre la manera de matarse y gana la apuesta, debe conservar el traje de los gladiadores que divertían á Nerón dándose estocadas y mandobles. El frac y el libro son un sarcasmo para esta especie de cuadrumanos parlantes.

El traje primitivo que la civilización no puede modificar, es el que conviene en lo general á los individuos en quienes podría suprimirse sin detrimento el uso de la palabra; tales son el salvaje, el soldado, el torero y el acróbata. Todas esas entidades practican sus ejercicios en silencio, porque no se trata sino de la fuerza física y el valor brutal, en cuya ruda ocupación parece de-

masiado espiritual y metafísico el divino arte de la palabra.

En el orden de la anterior clasificación de trajes entran, inmediatamente después, el lépero de sombrero ancho, y formando la 6.^a clase de nuestra 1.^a división queda el indio, del que trataremos en nuestro artículo próximo.

Queda, pues, demostrado que el lépero existe en nuestra sociedad por una deficiencia de la educación, y que es á nuestra cultura y modo de vivir en México lo que el gitano á las razas civilizadas; que su distintivo característico ó su idiosincracia es el sombrero ancho, y que si la gente civilizada lo usa por excepción, es porque no todas las personas, por cultas que sean, averiguan el *por qué* de las cosas, y porque el uso y la costumbre son en todas partes las únicas leyes que se cumplen sin sacrificio y sin repugnancia.

El espíritu del progreso humano que tiende á unificar la educación, las leyes, los usos, las costumbres y los trajes, llegará á

abolir el sombrero ancho á medida que vaya confundiendo tribus, razas y tipos, y vaya fundiendo en una masa homogénea los grupos que viven hoy más ó menos ajenos al movimiento civilizador de nuestro planeta.

